

Sermón

Padre Michael Lapsley, SSM
Director del Instituto por la sanación de las memorias
Ciudad del Cabo, Sudáfrica

La paz sea con ustedes! Los saludo a todos y todas como compañeros en el camino – como seguidores de Jesús el crucificado y resucitado.

Cuando me invitaron a predicar hoy ante ustedes esta homilía, me sentí profundamente honrado, pero ese primer sentimiento rápidamente dio paso a un sentimiento de miedo, casi diría de terror ¿cómo puedo yo tener algo que decir que valga la pena al finalizar esta gran Asamblea? ¿Me dará Dios las palabras – palabras de vida – que puedan conducirnos a la justicia y la paz? Con frecuencia el Espíritu Santo de Dios es el que nos perturba cuando nos sentimos cómodos, y el que nos consuela cuando estamos perturbados. ¿Puedo yo perturbarlos y consolarlos a mi vez en el nombre de Dios? Cuando mi temor se calmó en parte, decidí hacer lo que he hecho en otras ocasiones: escribir a todos mis amigos -personas de todas las creencias, y también no creyentes- en particular a mis amigos de Facebook, pidiéndoles que compartan conmigo sus reflexiones sobre este pasaje a partir de sus propios contextos en todo el mundo. Dios no tiene límites en la forma de dar sabiduría a la familia humana. Por ejemplo, leo regularmente una versión de la Biblia descargada gratuitamente en mi teléfono Samsung.

Cómo ha sido la experiencia de ustedes en esta Asamblea? Todos hemos venido con nuestras propias expectativas. ¿Cómo era el estado espiritual de ustedes cuando llegaron? ¿Qué les ha ocurrido durante estos días, y cómo están ustedes ahora? ¿Fue una montaña rusa o fue un período más bien tranquilo? ¿Qué historias se han grabado en sus almas y han marcado su corazón? ¿Qué es lo que ha sido motivo de enojo? ¿Qué es lo que nunca olvidarán de esta 10ª Asamblea? Oro para que todos nosotros salgamos de aquí inspirados por el Espíritu Santo de Dios para ser colaboradores de Cristo en la lucha por la justicia y la paz.

¿Cómo está su vida, su familia, su iglesia local, su denominación, su sociedad, su país? ¿Cuál es su género? ¿Vienen ustedes de un lugar de conflicto? ¿Se consideran ustedes miembros de una mayoría o de una minoría tribal, racial, lingüística, sexual? ¿Son los cristianos minoría o mayoría en su tierra? ¿Se ven a ustedes mismos y a su pueblo como espectadores, como víctimas o victimarios, o están dispuestos a aceptar que podemos estar en las tres situaciones al mismo tiempo, aunque en una medida diferente?

Todos nos acercamos a las Escrituras desde el contexto de nuestras vidas, así como según la interpretación de los pasajes de las escrituras que hemos aprendido en estudios bíblicos, o de predicadores y –lo que es más importante- teniendo en cuenta lo que el Dios vivo nos ha dicho en diferentes momentos de nuestras vidas. Comenzamos esta Asamblea recordando el pasaje de la Resurrección, que se encuentra justo antes del texto de Lucas. Fue la primera vez en mi vida en la que escuché el Evangelio salmodiado en arameo que, como nos lo enseñan los eruditos, fue el idioma de Jesús. Ese texto dio el tono a nuestra peregrinación durante estos días.

Ahora hemos de continuar examinando el pasaje de hoy: Lucas 24: versículos del 36 al 49. Una de las primeras cosas que me sorprendieron es la gran emoción que impregna este pasaje. Cuando Jesús apareció a los discípulos, ellos no lo reconocieron. Estaban engeguados por su pena abrumadora. Cualquiera de nosotros, que haya perdido a un ser querido, sabe lo que significa estar dominado, incluso consumido por el dolor. Algunos no consiguen retomar sus vidas nuevamente. Sé por mí mismo que perder un miembro del cuerpo es como perder a un ser querido. Perder mis dos manos, y también un ojo, ha significado para mí que el dolor sea una dimensión permanente en mi propia vida. Algunos de mis amigos me han dicho en broma que siempre he sido tuerto.

El versículo 37 dice que en el momento en el que Jesús apareció a los discípulos, ellos estaban espantados y atemorizados, y pensaron que estaban viendo un fantasma. Es interesante percibir que dos de ellos ya habían visto al Cristo resucitado, pero eso no había despejado sus dudas. "Pero como todavía ellos, de gozo, no lo creían y estaban maravillados...".

En nuestra vida, la ambivalencia, las dudas y las contradicciones no son experiencias extrañas, y existen en el camino de la fe. ¡Señor, creo, ayuda mi incredulidad! Hace años, un amigo me dijo: "Veo contradicciones en lo que dices". "¿Y qué?", le respondí. Incluso cuando crecemos en la fe y confiamos en Dios, es normal pasar por momentos de duda y de incertidumbre. Personalmente, me preocupan más quienes están totalmente seguros de todo... Parecería que hay poco espacio para que el Espíritu Santo de Dios nos conduzca a toda verdad.

"Por qué se asustan, porqué dan cabida a las dudas en sus corazones?" Jesús muestra sus heridas como prueba de quién él es, aunque también de la Resurrección. En este pasaje vemos el cuerpo, la mente y el espíritu juntos. "Tóquenme y vean" – tocar: algo que valoro mucho en su ausencia.

Muchos pasajes que se relacionan con la Resurrección dan testimonio de la realidad de que el Cristo resucitado era también el Cristo crucificado. Sin embargo, las heridas ya no sangraban; estaban sanadas. Jesús recuerda a sus discípulos lo que les había dicho antes de su muerte, que era necesario que el Mesías padeciese esas cosas y así entrar en su gloria.

Jesús se identifica a sí mismo y a su destino con todo lo que está escrito en las Escrituras hebraicas. Es como si estuviéramos participando en un Estudio Bíblico animado por Jesús. "Entonces les abrió su mente para que entendiesen las Escrituras".

¿Qué decir del pez asado? No estoy seguro. Sin embargo, recuerdo las palabras de William Temple, que fue Arzobispo de Canterbury, de que el Cristianismo es la más materialista de todas las religiones. No cabe espiritualizar nuestro camino de fe -no hay que negar nuestro cuerpo. Tampoco estamos llamados a evadir o negar la realidad de la creación, y nuestra parte en ella. Por el contrario, lo espiritual impregna lo físico y nos permite ver el todo.

Permítanme dar testimonio de mi propio camino de crucifixión, muerte y resurrección – un camino que todos estamos invitados a recorrer desde nuestro bautismo. Algunos de ustedes ya conocen mi historia. Nací en Nueva Zelanda en una familia cristiana y fui educado para seguir a Jesús, y es así desde que tengo uso de memoria. Era lo que algunas personas en los Estados Unidos llaman un anglicano desde la cuna. Esta manera de ser discípulo me condujo al ministerio sacerdotal en la Iglesia Anglicana y a la Sociedad de la Sagrada Misión (SSM), una orden religiosa anglicana. La SSM me envió a Sudáfrica en 1973. Fue allí que creo que dejé de ser un ser humano y me volví un hombre blanco.

Después de ser expulsado de Sudáfrica en 1976, me adherí al Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela, desempeñando la función de capellán en Lesoto y Zimbabue. El hecho de vivir con personas en el exilio dio vida al material bíblico sobre el exilio. "A orillas de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos, acordándonos de Sión".

Algunos de nosotros estaremos eternamente agradecidos por el papel profético que desempeñó el Consejo Mundial de Iglesias cuando estableció el Programa de Lucha contra el Racismo y el Fondo Especial gracias al inspirado liderazgo del Dr. Philip Potter. Nadie debería subestimar la esperanza y el estímulo que esto significó para nosotros en la primera línea de la lucha contra el racismo, independientemente del nuestro camino de fe. Efectivamente, Dios estaba del lado de los pobres y de los oprimidos.

Permítaseme avanzar rápidamente hasta los acontecimientos de 1990. Nelson Mandela fue liberado tras 27 años de cárcel. En abril del mismo año el Estado de apartheid me envió una carta bomba oculta entre las páginas de dos revistas religiosas. Como ustedes pueden comprobar, perdí mis dos manos y un ojo, y la membrana del tímpano fue perforada, y...y. En medio de ese gran sufrimiento, sentí que Dios estaba conmigo. Dios no intervino ni dijo: es una bomba, no la abras. Yo la abrí. Para mí la gran promesa de las escrituras se había preservado – "Y estaré con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos". Sentí que María, quien había presenciado la crucifixión de su hijo, entendía lo que yo estaba viviendo.

Excelente personal médico en Zimbabwe y en Australia ayudaron a curar mi cuerpo – pero fueron las oraciones y el amor del movimiento ecuménico, juntamente con personas de muchas religiones, sin olvidar a los ateos y los agnósticos, los que me ayudaron a curar mi alma.

Aquí estoy hoy ante ustedes para decirles: ¡Gracias! Las oraciones de ustedes, el amor de ustedes fue el canal que utilizó Dios para ayudarme a hacer que aquel atentado fuera redentor – a hacer surgir la vida de la muerte – la bondad del mal – a emprender la travesía de la condición de víctima a la de un sobreviviente, a la de un vencedor.

De la misma manera que un rico y diverso grupo de la familia humana caminó a mi lado en mi camino de curación, hoy he optado por caminar al lado de otros en su travesía de curación, por medio del Instituto para la sanación de las memorias. Cuando estaba en el hospital, tratando de asimilar el carácter permanente de mi discapacidad, recordé que una vez vi un icono en el que Cristo tenía una pierna más corta que la otra. El icono interpretaba, a partir de los pasajes de Isaías 52 y 53, que el Mesías estaba estropeado más allá de toda semejanza humana – tan desfigurado ... que nadie podría desearlo.

Muchos de nosotros con terribles discapacidades físicas hemos tenido nuestra propia experiencia de personas que nos miran con una mezcla de horror y de piedad, y después se dan vuelta. En realidad, quienes tienen discapacidades muy visibles – físicas o mentales - son iconos para toda la familia humana. Ilustramos de forma dramática lo que es una verdad para todos nosotros – que “el estado de estropeado”, el quebranto, la imperfección, el estado incompleto es la historia humana – del mismo modo que muchos de nosotros no podemos sobrevivir o arreglárnoslas sin la compasión y la amabilidad de otros seres humanos, es también verdad para todos nosotros – que nos necesitamos unos a otros para ser plenamente humanos.

Cuando los discípulos estaban en el camino de Emaús y Jesús apareció, lo primero que hizo fue escucharlos, escuchar sus sufrimientos, su desesperación, su confusión y su tristeza, antes de comenzar a ayudarlos a entender su experiencia. Quizá todos nosotros, aunque especialmente nosotros, los sacerdotes, necesitamos predicar menos y escuchar más. Como dice un lugar común, no es por casualidad que Dios nos dio dos oídos y una boca. He descubierto, y estoy seguro de que muchos de ustedes lo han descubierto también, que el dolor es trascendente y que puede conectarnos unos con otros. Sobre todo cuando nos escuchamos unos a otros.

Nuestro culto de apertura comenzó con los lamentos de cada continente – dando testimonio de los pobres y los oprimidos de cada tierra. En las preasambleas, y en las conversaciones ecuménicas, y en las sesiones plenarias, así como en el Madang abrimos nuestros corazones para escuchar los sufrimientos unos de otros – sufrimientos que dejan una huella profunda en nuestras almas – y muchos valientemente se volvieron vulnerables. Asimismo, nos hemos sentido inspirados por relatos de coraje, de fe y de compasión, sin olvidar los de quienes están infectados o afectados por el VIH y el SIDA, así como los de violencia de género – especialmente contra las mujeres y los niños y las niñas, pero asimismo hemos escuchado hablar de la violación como crimen de guerra, particularmente la violación de mujeres aunque también de hombres.

En nuestro contexto sudafricano, cuando una madre negra se sienta con una madre blanca y dice que su hijo nunca regresó del combate contra el apartheid, la mujer blanca podría replicar: mi hijo sí volvió, pero aún está atormentado por lo que vivió. Inesperadamente las dos madres se sienten unidas por el dolor que llevan consigo.

Cuántos de nosotros nos hemos sentido conmovidos por las imágenes de la reunión entre coreanos del Norte y coreanos del Sur, tras décadas de separación, en la zona desmilitarizada– la pena es tan palpable como la alegría.

En respuesta a mi petición de ayuda para la redacción de este sermón, un amigo judío que vive en Israel me escribió acerca del dolor intergeneracional que muchos judíos aún sienten y en el que está incluida nuestra incapacidad como familia cristiana de reconocer nuestra parte en su sufrimiento. Como Instituto

para la sanación de las memorias, pertenecemos a una red internacional por la paz que incluye el Círculo de Padres – madres palestinas y judías unidas por el dolor del asesinato de sus hijos e hijas.

Suele ocurrir, cuando somos capaces de escuchar el dolor de otros, que nos comprometamos a trabajar juntos por una justicia incluyente. Del mismo modo, cuando escuchamos el dolor de otros, la separación entre “nosotros” y “ellos” desaparece y pasamos a ser solo “nosotros”. Nuestra experiencia de una humanidad común es mucho más profunda que todo lo que nos divide o nos hace únicos y diferentes.

Mi amiga Jane Alexander, obispa anglicana de Edmonton, lo expresó de esta forma: “Estaba reflexionando sobre una reciente experiencia que tuve en una reunión de información sobre una Comisión de verdad y reconciliación aquí en el Canadá. Pienso que lo que hizo eco en mí cuando leí el informe fue recordar que para que la verdadera paz y la reconciliación puedan ser realidad es necesario que las personas estén físicamente presentes una frente a la otra. Tuvimos la oportunidad de participar en un círculo de reflexión de la iglesia con ex internos y miembros de familias de un internado indígena. Al estar tan cerca unos de otros al punto de escuchar su respiración, de compartir las lágrimas y de abrir un espacio a la venida del Espíritu, se crea una sensación de espacio sagrado. Me parece que Jesús viene al lugar donde viven los discípulos y hace que ese lugar sea sagrado, por su presencia y sus palabras”.

Su Santidad, Karekin II, Patriarca Supremo y Catolicós de Todos los Armenios nos recordó el profundo dolor intergeneracional causado tanto por el genocidio armenio como por la incapacidad de los responsables de reconocerlo plenamente. Su Santidad y todos los armenios – permítanme decirles hoy desde este lugar, que hemos escuchado lo que usted ha dicho – su pueblo ha sufrido una gran injusticia. Que el Gran sanador los acompañe a ustedes para que esas heridas puedan curarse verdaderamente y que todos los armenios puedan también ayudar a otros en su propio camino de curación.

Oro por que el nuevo Comité Central reconozca en los programas que la curación de las memorias es algo que ha llegado el momento de abordar en la familia humana.

Gracias, Su Santidad, por recordarnos que debemos "considerar a nuestros prójimos, sin excepción, en la plena dignidad y santidad de su personalidad". En los últimos años muchas de nuestras comunidades de fe, sin olvidar la mía, se han desgarrado a causa de cuestiones de sexualidad y, en particular, cuando se trata de la relación amorosa de personas del mismo sexo, y de una serie de otras minorías sexuales. Algunos dirían que es algo secundario frente a la guerra y a la pobreza. Esto es verdad si nos centramos en el sexo y nos negamos a ver los elefantes que están en la pieza. Sin embargo, si se trata de una cuestión que atañe, según las estimaciones más conservadoras, al 1% si no al 4% o al 5% de las personas que viven en el planeta, ¿puede realmente considerarse una cuestión accesorio? Hoy deseo decir como cristiano, como sacerdote, a toda la comunidad LGBTI, que lamento profundamente, por la parte que nos toca como religiosos, el dolor que han vivido a lo largo de los tiempos. Tengo un sueño, de que en el curso de mi vida, habré de escuchar a líderes de todas nuestras grandes tradiciones religiosas pedir las mismas disculpas.

Algunos dirían que todo depende de la interpretación de la Palabra de Dios. Para mí la cuestión es: ¿Creemos que la Revelación terminó con la conclusión del Canon de las Escrituras? o ¿creemos que el Espíritu Santo de Dios continúa conduciéndonos a toda verdad?

Mientras estábamos reunidos aquí en Busan, en Alemania se tomó la decisión de que los niños podrían por primera vez ser inscritos en el registro como pertenecientes al sexo femenino o al sexo masculino, O que el espacio podría quedar en blanco – un paso histórico hacia el alivio y el reconocimiento del dolor de quienes nacen intersexuales o se consideran a sí mismo transgéneros. Sabemos lo que nos enseñó San Pablo, que en Cristo no hay ni hombre ni mujer.

En la década de los años 1970 la vanguardia del testimonio profético del movimiento ecuménico fue el Programa de Lucha contra el Racismo, aunque no estuvo exento de controversia. ¿Dónde está actualmente la vanguardia del movimiento ecuménico – por muy controvertida que sea?

Aunque ha habido muy importantes victorias, es necesario que estemos del lado de la lucha permanente contra el racismo y contra la desigualdad entre los géneros, y que nos esforcemos por que se ponga fin a la violencia basada en el género, y a la violencia contra los niños y las niñas. Nunca podrá haber paz en el mundo mientras aumenten las desigualdades en los países y entre los países. La codicia nos está matando.

Pero ¿cuáles son los elefantes que están en la pieza? Hemos venido aquí a Asia, al continente donde las grandes tradiciones religiosas del Oriente tienen mucho que enseñarnos acerca de la importancia del camino espiritual interno, aunque continuemos celebrando nuestros propios tesoros espirituales.

Debería avergonzarse a todos los creyentes en todas las partes del planeta que un número importante, algunos dirían un número cada vez mayor, de conflictos en el mundo tenga una dimensión religiosa. Si queremos que la familia humana viva junta en paz, es urgente la necesidad de lo que algunos de mis amigos latinoamericanos llaman “macroecumenismo”, que reúne no solo a los cristianos, sino a todas las grandes religiones del mundo, en el respeto también de las cosmovisiones de los indígenas. Dejemos que nuestro testimonio se impregne de la profundidad de nuestra compasión, de nuestra voluntad de escuchar y aprender, y que no simplemente toleremos, sino que honremos y respetemos. Como nos dijo San Juan: Tengo otras ovejas que no son de este redil.

Nuestros líderes en la fe nos han invitado a venir aquí a la península coreana, donde hemos sido colmados de atenciones y nos hemos sentido interpelados por la fe de nuestras hermanas y hermanos coreanos. Sin embargo, no podemos apartar los ojos a la realidad de que la península coreana es un gigantesco campamento armado en el que uno y otro bandos poseen un arsenal colosal. Mi sueño es que esta península llegue a ser una zona de paz, reconocida por su compromiso con las negociaciones y la sanación de las viejas heridas. Estoy convencido de que la vanguardia de nuestro testimonio profético debe incluir las presiones y la lucha contra el comercio de armas. ¡Qué terrible paradoja el hecho de que los cinco países que son los mayores proveedores de armas sean los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, juntamente con Alemania, y que los principales destinatarios sean países en desarrollo. En tanto cristianos debemos tener una posición inequívoca en el sentido de que los conflictos armados, como forma de resolver las controversias, son incompatibles con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

El crucificado y resucitado nos invita a ver y tocar las heridas unos de otros – a escuchar y oír el sufrimiento unos de otros, y a ser uno. Pero no solo la familia humana está abrumada de dolor: la propia Madre Tierra está gimiendo cada vez con mayor desesperación. ¿Cuántas catástrofes naturales más deben ocurrir para que nos demos cuenta de que el futuro de la vida humana sobre este planeta está en peligro? Ciertamente es algo que las culturas indígenas siempre comprendieron, y que debe pasar a ser una prioridad absoluta, lo antes posible, para todos nosotros en el planeta Tierra.

Mis queridos hermanas y hermanos, muchas veces me pregunto por qué uno puede sobrevivir a una bomba destinada a matarlo. ¡Tantos otros merecían vivir y no vivieron! Pienso que era importante que algunos de nosotros sobreviviéramos para dar testimonio de lo que la guerra y el odio puede hacer en los cuerpos y en las almas de las personas. Y lo que es mucho más importante, espero que, a mi manera, por más insignificante que sea, yo pueda ser una señal de que más fuerte que el mal y el odio y la muerte son las fuerzas de la justicia, la mansedumbre, la bondad y la compasión – de paz - de vida – de Dios.

Y en palabras de la benedictina Sor Ruth Fox, OSB (1985):

Que Dios los bendiga a ustedes con un inagotable descontento ante las respuestas fáciles, las medias verdades y las relaciones superficiales, así podrán ustedes buscar con valentía la verdad y el amor en lo profundo del corazón.

Que Dios los bendiga a ustedes con una santa ira ante las injusticias, la opresión y la explotación de las personas, así podrán ustedes trabajar incansablemente por la justicia, la libertad, y la paz entre todas las personas.

Que Dios los bendiga a ustedes con el don de lágrimas derramadas con quienes sufren de dolor, rechazo, hambre o la pérdida de todo lo que querían, así podrán ustedes extender su mano compasiva para consolarlos y transformar su pena en alegría.

Que Dios los bendiga a ustedes con suficiente insensatez para creer que realmente PUEDEN cambiar el mundo, así podrán ustedes, con la gracia de Dios, hacer lo que otros dicen que no se puede hacer. Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz. AMÉN

(de pie siempre que sea posible)

♪ 21 Until all are fed

Oración de acción de gracias e intercesión

O: Dios de la vida, estamos llenos de gratitud por la forma en que hemos sido interpelados y conmovidos por esta Asamblea. Damos gracias por la hospitalidad de nuestros anfitriones coreanos. Oramos por la sanación y la unificación de esta tierra y más allá de sus fronteras, en el momento en el que regresamos a nuestros hogares llevando las historias que nos hablan de fidelidad.

♪ Dios de la vida

Dios de la vi - da con - dú - ce - nos a la jus -
 Dieu de la vi - e, con - duís nous tous vers la jus -
 ti - cia y la paz. Dios de la vi - da con - dú - ce -
 tice et la paix. Dieu de la vi - e, con - duís nous
 nos a la jus - ti - cia y la paz.
 tous vers la jus - tice et la paix.

English:


God of all living, lead us this day,
 lead us to justice and peace.

한국어:

생명의 하나님,
 우리를 정의와 평화로 이끄소서

Deutsch:

*Gott des Lebens,
 weise uns den Weg zu Gerechtigkeit und Frieden.*

Music and Spanish: 2012 WCC/RedCreate <http://creativecommons.org/about/licenses> 
 English: John Thornburg with the help of Roberto Escamilla. French: Marc Chambron.

O: Dios de gracia, estamos agradecidos por quienes dan testimonio de la paz en medio de la violencia. Concede valor y fortaleza a las víctimas del odio, a fin de que reine el amor sanador de Cristo.

♪ Dios de la vida

O: Dios de justicia, te damos gracias por quienes arriesgan sus vidas para estar junto a las personas desposeídas. Ayúdanos a oír y seguir las voces y las visiones de las personas marginadas.

♪ Dios de la vida

O: Dios compasivo, te agradecemos tu misión en el mundo. Oramos por el bienestar de toda la creación. Ayúdanos a reconocer la obra de tu Santo Espíritu mas allá de los muros de nuestras iglesias.

♪ Dios de la vida